

antes á averiguar si el que me acusa es seglar ó *eclesiástico*, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante ó sabio.

Con este motivo tengo el honor de reiterar á vd. la sincera amistad que le profesa su seguro y afectísimo servidor

JUAN DONOSO CORTÉS.

(*Siguen los artículos del UNIVERS.*)

IV.

En nuestros anteriores artículos acerca de la prensa religiosa seglar, hemos pasado en silencio hasta ahora un cargo que nos dirige en particular á nosotros el Sr. Gaduel, acerca del cual, con ánimo de completar nuestra defensa, vamos á dar algunas esplicaciones. Refiérese este cargo á la serie de obras que con el título de *Biblioteca Nueva* pensamos publicar, destinadas á formar una apología completa del catolicismo.

«Nos proponemos, decíamos en el *prospecto*, por medio de libros concienzudos, puestos al alcance de todos los entendimientos y todas las fortunas, destruir el espantoso cúmulo de preocupaciones y mentiras levantado durante tres siglos entre los ojos del hombre y las obras de Dios: nos proponemos sacar de la historia las enseñanzas que contiene, de la ciencia los verdaderos resultados que produce, y que no son ciertamente los que pretende haber alcanzado el espíritu de duda y de negacion.»

Este es el prospecto que tan singularmente ha chocado al Sr. Gaduel, hasta el punto de escitar sus burlas, su indignacion y su espanto. Cualquiera diría, al oírle, que hasta ahora no se habia imaginado cosa mas ridícula y temeraria, y en ella se funda principalmente para probar que los seglares van camino de perderlo todo. Pero tranquilícese el Sr. Gaduel: la tarea que habíamos emprendido era efectivamente temeraria, tan superior á nuestras fuerzas y aun á nuestros recursos pecuniarios, que al presente se halla ya suspendida, cuando no abandonada: creíamos que el Sr. Gaduel lo sabia, y en todo caso, podemos asegurarle que los tremendos males que temia, están aplazados por largo tiempo: los católicos ya no corren riesgo de gastarse su dinero en heregías, comprando estos libritos, cada uno de los cuales queríamos que fuese para las ciencias una introduccion clara, exacta y con la amplitud suficiente; para la filosofía y la literatura, una exposicion sólida de principios; para la historia un resumen verídico de hechos. No haremos, pues, á nuestros hermanos este funesto regalo, sino que los dejaremos que continúen ilustrándose con esos volúmenes, menos peligrosos á los ojos del Sr. Gaduel, que acerca de todas materias les regalan los universitarios, los académicos y los miembros de la sociedad literaria.

¿Está contento el Sr. Gaduel? Permítanos ahora decirle cuanto nos ha extrañado su ataque tanto en su fondo como en su forma: si nos hubiesen dicho, antes de ver sus artículos, que iba á hablar de nuestra *Biblioteca*, no nos habríamos figurado nunca que era para acusarnos de haberla emprendido, sino de haberla abandonado; y sobre todo, jamas hubiéramos creído que para criticarnos emplease, siendo persona tan formal bajo todos conceptos, artificios y ligerezas tales como las que ha puesto en juego. No hubiéramos creído nunca de su buena fe que nos presentase como hombres animados de la ridícula pretension de desempeñar por sí solos todo el plan de una enciclopedia, mucho mas cuando en nuestro prospecto decíamos, «nos hemos rodeado de hombres profundamente penetrados de nuestras convicciones y que las han defendido con brillantez antes de ahora» y citábamos á este propósito al señor obispo de Annecy, á los RR. PP. Guéranger y D. Pitra; al presbítero Martinet, doctor en teología; al Sr. T. Foisset; al Sr. P. Lamache, doctor en derecho; al señor Roux-Lavergne; á los Sres. Du-Lac y Aubineau, redactores del *Univers*; al presbítero Darraç, y á otros escritores, en fin, que en otro tiempo se felicitaba el Sr. Dupanloup de tener por colaboradores en el *Ami de la Religion*, y á quienes ponía entre «los mas señalados por su talento y amor á la Iglesia.» ¿Por qué se calla estos nombres el Sr. Gaduel, y en su lugar se pone, con toda formalidad, á hacer caricaturas como pudiera un pobre seglar, que no tiene mas armas que su poco ó mucho entendimiento y las cuatro frioleras aprendidas en nuestros mezquinos autores franceses? Nosotros creíamos que la caricatura no estaba bien mas que en el *Charivari*, y nos figurábamos que todo un vicario general debia pensar mas en ser justo que en ser gracioso.

«El mundo está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita.» Mucho divierte al Sr. Gaduel esta frase que, consultado acerca de nuestro proyecto y esperando de él algunos bienes, nos escribia el hombre ilustre, el gran orador y ejemplar cristiano á quien el Sr. Gaduel ataca al mismo tiempo que á nosotros, si bien con menos miramientos todavia, y que acaba de responderle tan cumplidamente sin tomarse el trabajo de leer sus artículos. Está visto que cuando á un hombre grave le dá por echarla de gracioso, es terrible: el Sr. Gaduel no acierta á esplicarse la celebridad que ha conquistado el Sr. Donoso; y con su Witasse en ristre, ha probado clarísimamente, al menos para los redactores del *Ami de la Religion*, que aquel escritor, con toda su elocuencia tan encomiada, es nada menos que *triteista*. Parece soberanamente ridículo al señor Gaduel que se pregunte nada al Sr. Donoso acerca de la situacion del mundo: porque, vamos á ver, ¿qué ha de saber del mundo un hombre que no ha leído á Witasse? ¿con qué derecho puede decir á nadie: «el mundo

está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita? Pero el Sr. Gaduel olvida que el gran orador que esto dice, y que el humilde periodista á quien se lo dice, ambos son católicos, y por consiguiente que ambos poseen la verdad, y que ambos pueden darla. ¿Qué dice el Sr. Gaduel á sus colegas? ¿qué dicen estos al Sr. Gaduel? pues se dicen mutuamente: el mundo está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita. Por ventura ¿el Sr. Gaduel y sus colegas poseen una verdad distinta de la nuestra? ¿Tienen otra cosa que hacer sino darla? ¿Y les dejará figurarse su modestia que la han dado, en cuanto escritores, con mas brillantez y con mas provecho que el Sr. Donoso? En verdad que mientras mas escudriñamos lo que puede tener de extravagante y de exorbitante aquella frase, menos lo vemos. ¿Posee ó nó, en cuanto católico, el Sr. Donoso la verdad? ¿Tienen ó nó el derecho de darla los redactores del *Univers*? ¿Está ó nó necesitado el mundo de verdad? ¿A esto, qué puede replicarse? Y si nada puede replicarse ¿qué es lo que pretende el Sr. Gaduel? Por lo visto, nada mas que divertirse un rato. Perfectamente.

Para divertirse mas á sus anchas, el benévolo y probo Sr. Gaduel se las arregla de manera que con toda la inocencia del mundo viene á suscitar en el ánimo de sus lectores la sospecha de que el Sr. Donoso y los redactores del *Univers* tienen allá su componenda para echarse mutuamente el incensario, y engañar de este modo la opinion pública acerca de su escaso mérito. Efectivamente, este es un procedimiento muy conocido entre los escritores que no han podido hacerse leer de nadie, y á quienes nadie menciona jamás para cosa alguna. El procedimiento que no ha sido tan conocido hasta ahora, es el de estas suposiciones caritativas empleadas por un sacerdote para honra y gloria de Dios, y para ejemplo de polémicas entre nosotros los pobres seglares. Sea enhorabuena.

Pero supongamos que efectivamente el editor de la *Biblioteca* ha dado toda la importancia que tiene al voto del Sr. Donoso: el Sr. Gaduel sabe que no es este solo el que ha honrado con su aprobacion nuestra empresa; y ya que ha leído con tanto cuidado nuestro prospecto, no habrá dejado de ver en él las cartas que con este motivo nos dirigian S. E. el señor arzobispo de Nicea, nuncio apostólico, y S. E. el cardenal de Bonald, y el venerable obispo de Chartres. ¿Le parece al Sr. Gaduel que estos votos no son competentes? Poco en cuenta los debe haber tenido, cuando no le han cortado en flor sus oportunas bromitas de *Charivari*. ¡Válganos Dios! señor Gaduel: se encuentra V. por delante á un fiel cristiano, que nada pretende sino servir á sus hermanos que son los de V., y confesar su fé, que es la de V.; que, haciendo cuanto puede por realizar bien su propósito, se rodea de sábios consejeros y de venerables auxiliares; que pierde á pesar de todo su tiempo y sus esfuerzos, no logrando hacer el

bien que se prometia: y al cabo de dos años que fracasó aquel propósito, como si temiera V. que aun humease la mecha, viene á cargar la mano sobre el caído, y á derramar sal sobre una llaga viva; y todo esto por el gusto de divertirse un rato... Por Dios, señor vicario, vuelva V. á leer el Evangelio del buen samaritano, y déjese de bromitas, porque, francamente, no sabe darlas.

¿Y si el fondo de este género de critica fuese tal que abonase lo imprudente de su forma! Pero nada de eso: la *Biblioteca* parece que debia haber sido mala, porque era seglar; y seglar era, primero, porque la dirigia un seglar, y despues porque el Sr. Gaduel necesitaba hacerla seglar para aplicarla sus razonamientos; pues ya hemos visto que segun el Sr. Gaduel, nada bueno pueden hacer los seglares (es decir, los seglares religiosos, y entre éstos los de *cierta escuela*). Ya hemos combatido estas ideas, ó mejor dicho, hemos dejado combatirlas á Bossuet, á Bourdaloue y al Sr. obispo de Arras: no volveremos por tanto á insistir en este punto. Pero permítanos el Sr. Gaduel una pregunta. Siendo verdad, como lo es, que los sacerdotes, ocupados con las tareas propias de su sagrado ministerio, escriben poco, y que entre los que escriben, pocos lo hacen de manera que puedan ser leídos por todo el mundo: debiendo ser, como es, una consecuencia de esto que la religion se queda sin defensa suficiente contra el aluvion de libros perniciosos acerca de todas materias, que todo el mundo lee, incluso los cristianos, pues que no se les dan otros ¿qué males encuentra el Sr. Gaduel en que una sociedad de escritores, sean seglares ó sean eclesiásticos, bajo la direccion de un eclesiástico ó de un seglar, haga lo que nosotros nos habiamos propuesto? ¿No se ha acercado nunca al Sr. Gaduel uno de estos padres de familia que educan por sí mismos á sus hijos, ó uno de esos cristianos celosos que piensan en el bien de las almas, para pedirle noticia de libros claros, elementales, graves y al nivel de los progresos actuales de la ciencia, que poner en manos de sus hijos ó que dar á sus amigos, que se los piden? Esta es una pregunta que todos los dias se nos hace á nosotros: si el Sr. Gaduel tiene algun medio de satisfacerla, le rogamos que nos lo indique, porque nosotros no lo vemos; dado que nada es comparable, en este punto, á la pobreza de nuestra moderna literatura cristiana; el mayor de los males que puede deplorar nuestra sociedad contemporánea. ¿No seria un gran bien estudiar metódica, ordenadamente y bajo el punto de vista de la verdad católica, la historia, la filosofia, las ciencias, las bellas letras y las bellas artes, con el fin de derribar el monstruoso edificio que há tres siglos viene levantando el génio de la impostura en todos estos ramos del humano saber?

¿Cómo! de que se escriban ó hagan escribir por seglares, para espe-

cial uso de la clase que se dice ilustrada en nuestros días, todas ó algunas de las obras anunciadas en la *Biblioteca Nueva*; de que esta manifieste el influjo general de los santos en la vida social y política de los pueblos; de que aquella, echando una ojeada por la historia del Papado, trate de neutralizar el espíritu del juicioso abate Fleury; de que la otra describa las fiestas y ceremonias de la Iglesia, demostrando cómo pueden santificarse cada hora y cada acción de la vida cristiana; de que otra cuente la fundación y las obras de las misiones y órdenes monásticas; de que se inculque á todos los historiadores el deber de mostrar, según indica nuestro prospecto, cómo las naciones se han engrandecido ó se han degradado, conforme se han acercado ó se han alejado del Evangelio, indicando por medio de la fiel historia de los cismas y las heregias la verdadera fuente de nuestras desgracias; de que se hiciese todo esto, juntamente con estudios inspirados por este mismo orden de ideas acerca de las letras, las ciencias y las artes, ¿se sigue de todo esto, repetimos, la extraña deducción de que todo está perdido, y que la religión va á sucumbir?

Que habría errores en todos ó en la mayor parte de aquellos libros: pues ahí están el Sr. Gaduel y sus colegas para señalarlos, y en pos de ellos estaría también la Iglesia para condenarlos, si tanto merecían, aunque siempre es muy probable que no condenara todos los que señalasen los censores.— Pero entre tanto, apesar de esos errores, ¿cuántos entendimientos esclavos hoy de la mentira no recibirían un choque saludable! ¿cuántos otros que vacilan, no se afirmarían en profesar la verdad! ¿Cuánta falsedad hondamente arraigada no caería por tierra! ¿Cuánta sandez como se ha impreso y reimpresso, no dejaría de circular por largo tiempo!

Y ya que el Sr. Gaduel insiste tanto en este punto de los errores, en el supuesto de que no hemos tomado previamente consejo de ningún teólogo ¿quien le dice que no lo hayamos hecho? Hemos, sí, procedido con parsimonia, porque si el Sr. Gaduel tiene miedo del ultramontanismo, nosotros lo tenemos del galicanismo: ¿quién va mas derecho de nosotros dos? Pero en el interin, bien hemos podido confiar en que un libro de D. Pitra, ó del presbítero Martinet ó del señor obispo de Annecy podían pasarse sin previa revisión. Si el Sr. Gaduel hubiera también querido darnos un libro suyo ¿habría aceptado á nuestros teólogos?

Basta ya de polémica: creemos haber justificado á la prensa religiosa seglar: una sola cosa nos queda que hacer, y es rogar al Sr. Gaduel que puesto que tan poco idóneos nos juzga para dar al mundo la verdad que necesita, ponga manos á la obra, y ayudado de sus colegas, y de cuantos escritores le parezcan exactos y puros ortodoxos, ejecute nuestro plan; no solicitamos el honor de ser unidos á sus colaboradores; lo único que le pedimos es que no entren por nada en las obras que nos dé, ni el *parti-*

*cularismo*, proscrito ya de Roma, ni el fastidio que ahuyenta á los lectores. A este precio, damos al Sr. Gaduel el medio de ganar una aureola que no ganará seguramente en el mal camino que ha escogido y del que deseamos verle salir cuanto mas pronto mejor; pues tales son los afectos que nos inspira.

V.

El *Ami de la Religion* ha publicado la siguiente carta del Sr. Gaduel, escrita en respuesta á la que el Sr. DONOSO CORTÉS nos dirigió con fecha 23 de Enero.

«París, 3 de Febrero de 1853.—Sr. marqués de Valdegamas: la carta que últimamente ha dirigido V. al *Univers* con motivo de la crítica que me he creído en la obligación de consagrar á su ENSAYO SOBRE EL CATORICISMO, EL LIBERALISMO y EL SOCIALISMO, me decide á tomarme la libertad de escribirle.

«Desde luego, señor marqués, me apresuro á reiterar á V. que no pueden ser mayores de lo que son mi respeto, mi aprecio y mi verdadera caridad hácia su honorable persona; superiores á estos afectos no son en mí sino el respeto, el aprecio y amor que debemos todos profesar á la verdad, nuestro bien comun y el supremo.

«En mis artículos acerca de la obra de V. he reiterado con instancia estos sentimientos, y la carta que acaba V. de publicar me confirma en ellos. En esta carta dice V. que no ha leído ni podría leer mi escrito á causa de sus graves é importantes ocupaciones; lo siento, porque de este modo le será imposible apreciar debidamente mi trabajo; y tanto por esta razón como por otras muy delicadas, me creo dispensado de dar á V. explicación ninguna acerca de él. Por otra parte, ya V. dice, sin creerse obligado á examinar si su libro contiene ó no los graves y numerosos errores que yo y algunas otras personas le imputamos con razón ó sin ella, que le basta saber que se le acusa de haber cometido gran número de heregias para declarar, como declara, que desde ahora y para siempre condena todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en otros ó en V., la Santa Iglesia Católica, de la cual tiene á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.

«Siendo V. como es una persona de fé y de virtud tan conocidas; nadie seguramente extrañará verle tan sumiso; y si algún día sus ocupaciones le permiten pasar la vista por mis artículos, en ellos verá que siempre he tenido por indudable esas dichas disposiciones de su corazón, como una y otra vez lo digo con sinceridad no menos indudable.

«Permitame V., sin embargo, señor marqués, que le diga aquí toda